

al ámbito del hogar, en calidad de esposas, madres y amas de casa”; p. 183), cuando desde la Introducción se ofrecen pruebas de lo contrario?

En conjunto, este libro alcanza los objetivos pretendidos por la colección EN CLAVE DE MUJER... (“recuperar silencios, corregir interpretaciones, ofrecer espiritualidad,... con la convicción de que también las mujeres pueden y deben acceder a alguna parcela de

la verdad sobre Dios”), al aportar luz sobre las diferentes facetas de la participación femenina en el período del primer cristianismo. Los estudios que lo componen, usando palabras de la editora, “ofrecen imágenes fragmentadas que a la manera de un gran puzzle van formando un cuadro cuyo resultado final desconocemos”. Queda abierta así una invitación para continuar profundizando esta línea de análisis.

BRENDAN NAGLE, D.

The household as the foundations of Aristotle's polis,

Cambridge: Cambridge University Press, 2006, 364 pp.

Por Mariano José Requena

Fn este trabajo, D. Brendan Nagle (N.) se propone contextualizar los argumentos de Aristóteles, fundamentalmente a partir de la *Política*, sobre el *oikos*¹ y su relación determinante con el desarrollo de la *polis*. Según el autor, el *oikos* no

constituye en la obra de Aristóteles una asociación cualquiera entre los hombres, sino el propio fundamento de la ciudad-estado griega. Este postulado, lejos de ser un producto de la abstracción filosófica, se deriva directamente del conocimiento de la situación histórico-concreta. Asimismo, el libro excede el pensamiento específico del pensador de Estagira en tanto su análisis requiere explicaciones o conjeturas extratextuales, tales como la evidencia arqueológica y el cruce con otras fuentes epigráficas y literarias. En este sentido, el trabajo de N. abarca un espectro más amplio que

1 El término inglés “household” –casa, hogar, familia– tiene la dificultad de no englobar la pluralidad de significaciones que la palabra griega *oikos* implica. Lo mismo sucede en español. En tanto que *oikos* remite no sólo a la estructura de parentesco que habita en un mismo lugar, sino también a la propiedad, y a las capacidades socio-económicas de esta unidad productiva. El autor da cuenta de esta pluralidad de significados en la p. 16.

el circunspecto mundo de las ideas aristotélicas ya que, en más de una ocasión, el autor reflexiona sobre problemáticas generales del mundo griego antiguo. Lo anterior hace del libro una herramienta valiosa no sólo para los especialistas en Aristóteles, sino también para estudiosos de la problemática griega en general. En relación con los aspectos formales, la obra se organiza en diez capítulos y cuenta con un apartado bibliográfico e índices de materias y nombres citados.

En el capítulo 1 (*Ancient and Modern Households*) N. proporciona una definición del *oikos* en lo que respecta a su diferencia específica con respecto a otro tipo de unidades similares. Junto con las características establecidas por Netting y Gallant (unidad de producción, distribución, transmisión, reproducción, co-residencia, fundamentalmente agrícola y autosuficiente), el autor sostiene que son la inclusión en las instituciones políticas y la participación en el plano militar los elementos constitutivos que caracterizan la particularidad histórica del *oikos*. La presencia de estos elementos reconfiguran sus relaciones internas y su función con la comunidad, en tanto que el hogar debía internalizar y reproducir en su seno los valores de cada *polis*. En este sentido el diseño político de cada *polis* se encuentra condicionado por las relaciones específicas que adoptan los hogares entre sí.

Por otro lado, el autor señala los conocimientos empíricos que Aristóteles tendría sobre el tema, para fundamentar su tesis de la primacía del

hogar en la constitución de la ciudad. Para ello da cuenta de su vida, tanto como propietario y/o como viajero y meteco en otras *poleis*, como de las referencias en sus obras. Por ejemplo, las 158 constituciones que sabemos alcanzó a recoger o la presencia de 300 referencias sobre distintas ciudades en la Política.

En el capítulo 2 (*The Polis as community and polity*) el autor nos introduce específicamente en los planteos de Aristóteles acerca de la *polis*. Comparando definiciones señala que, en líneas generales, Aristóteles entiende por *polis* tres posibilidades: una comunidad (*koinōnia*) en el libro I; una asociación de ciudadanos (*plēthos politōn*) en el libro III; o ambos, es decir, una comunidad y una asociación de ciudadanos. De la primera definición se desprende que la parte más pequeña y funcional es el *oikos* y que todos sus miembros (hombres, mujeres, niños y esclavos) forman parte de la comunidad. Por el contrario, en la segunda concepción la membresía es restringida a aquellos que forman parte del régimen político. ¿Qué constituye una *polis*, entonces? Siguiendo a Aristóteles, no alcanza con un acuerdo mercantil o una alianza para la defensa. La asociación debe asumir una forma más compleja, superior política, social y moralmente, un nuevo orden (*taxis*). A partir de aquí, N. compara las visiones histórico-antropológicas de Aristóteles con la de Platón en *Leyes* 676a-682b, siguiendo el criterio de Newman para quien Aristóteles se inspiraría en este pasaje. Más abreviado y menos poético

que su predecesor, la visión que emana del libro I sitúa al *oikos* como fundamento primario de la *polis*, pero no explica el proceso en su devenir. Este se encontraría en el libro III, donde se expone cómo los habitantes de una misma zona al establecer relaciones solidarias y de parentesco generan instituciones mayores, que luego serán parte y sostén de la *polis*. Este grupo de asociaciones, sostendrá N., llena el espacio del libro I en el pasaje del *oikos* aislado a la comunidad de aldea (*kome*). Y se nos dice que, conducidos por la *philia*, la comunidad deviene comunidad política, en aras del buen vivir y el beneficio mutuo.

Sin embargo, es claro que para Aristóteles las condiciones para una buena vida social (con sus instituciones) no constituyen el fin de la *polis*. Si tal fuera el caso, no habría diferencia con otro tipo de ciudades-Estado. Los estados “no-polis”, con sus comunidades de aldea, creaban situaciones para la vida social pero no para la participación política. Solo a través de la comunidad política podía el individuo alcanzar la máxima virtud. Por tal razón, no hay contradicciones entre los libros I y III. En ambos el *oikos* permanece como la unidad fundamental, privilegiando el carácter económico y autárquico pero, mientras que en el primer libro la dimensión política se encuentra relegada, en el tercero el énfasis se encuentra sobre la participación política.

En el capítulo 3 (*Polis Households: Possessions*) N. busca determinar cual era el tamaño de los hogares así como establecer su correspondencia

con los postulados aristotélicos. De esta manera señala que, gracias a la evidencia arqueológica y literaria, se puede estimar que la mayoría de las tenencias se encontrarían entre las 3.5 y 5 hectáreas. La figura más pequeña representa la menor cantidad de tierra necesaria para la subsistencia de una familia, mientras que la segunda implica ya la posibilidad de mantener un buey. Asimismo, estas cifras representarían el promedio de tenencia en el mundo de la *polis* ya que una ciudad-estado típica abarcaría entre los 25 y 100 km², lo que implica una densidad de población de 35 a 50 personas por km², dependiendo la calidad de la tierra. Lo anterior supone un total de entre 230/312 y 910/1250 ciudadanos masculinos por *polis*. A partir de estos cálculos, y siguiendo el concepto de *Normalpolis* de Ruschenbusch, N. argumenta que son estas las dimensiones que Aristóteles tendría en mente a la hora de escribir su *Política*. Por lo que Atenas no constituiría en modo alguno su ejemplo principal en tanto la ciudad del Ática excedería con creces estas dimensiones. Este argumento encontraría sustento en el hecho de que de las 300 referencias a diferentes ciudades que encontramos en la *Política*, solo 30 corresponden a Atenas.

En el capítulo 4 (*Polis Households: Labor Needs of the Oikos*) N. se ocupa de las necesidades laborales de los hogares. En principio, sostiene que el nivel de trabajo no debe ser exagerado. Fuera de los momentos picos del ciclo productivo, y de la producción de vino, el resto de los cultivos requere-

rirían poco nivel de trabajo y solo en algunos momentos del año. En consecuencia, la mayoría de los labradores se encontrarían en una situación de desempleo crónico. Teniendo en cuenta la conexión entre desempleo, unidades agrícolas de pequeña escala y la distancia entre las tenencias y el centro de la ciudad (que en las *normalpolis* se encontraría entre 1 a 5 km), todo esto explicaría, según N., por qué los griegos pudieron dedicar tanto tiempo a sus deberes cívicos y militares.

De esta manera, N. discute el argumento de la necesidad de la esclavitud para sostener el “ocio” ciudadano. Para él, la razón de la omnipresencia de la esclavitud se encuentra en las concepciones ideológicas modernas y, fundamentalmente, en el uso de Atenas como ejemplo testigo de las *poleis* clásicas. Teniendo en cuenta el caso ateniense, sostiene que no se puede generalizar su situación a todas las ciudades, y siendo la media una tenencia de 5 ha, no sería posible para la mayoría de las ciudades sostener una población de esclavos.

Distinto es el caso del estado ideal de Aristóteles. Basándose en la expresión *oikia teleios* (I.1253b4) N. sostiene que existirían dos tipos de hogar: el *oikos completo*, constituido por esclavos además de la familia (de 12 ha aproximadamente) y el *incompleto*, constituido por la familia más un buey (cuyo piso se encontraría en las 5 ha). Ambos presentan las características típicas del *oikos*, autosubsistencia y autarquía, necesarias para el buen funcionamiento de la *polis*. Sin embargo, la diferencia radica en que el primero

además de satisfacer las necesidades para que el ciudadano pueda dedicarse a las tareas de la ciudad, permite el máximo grado de libertad para estas prácticas. El hogar completo, es condición no sólo para la vida cívica sino para la buena vida, que es la última y más importante razón de la existencia de la *polis* para Aristóteles. La conexión entre este tipo de hogar y la esclavitud estaría dada porque para mantener la autosuficiencia del *oikos*, todos los elementos deben formar parte orgánica de él. Si para lograr este nivel autarquía el hogar debiera recurrir al trabajo asalariado, el hogar no sería completo pues dependería de una fuente externa. Por el contrario, el esclavo al estar integrado al *oikos* en forma de propiedad cumple esta función y reafirma la independencia del hogar.

En el capítulo 5 (*Non-Polis Households*) se describe a los hogares que quedan fuera de la organización de la *polis*. En particular, aquellos que pertenecen al mundo bárbaro y los que se ubican en un estadio pre-social como el del cíclope homérico. El rasgo que tienen en común es que se encuentran bajo un régimen autoritario que imposibilita el buen desarrollo de la humanidad, al limitar la libertad solo al rector del hogar y transformar al resto en sus esclavos.

En los capítulos 6 y 7 (*The perfection of the household – Philia as bond between oikos and polis*) N. nos introduce en las relaciones morales que se establecen entre los hogares y las ciudades. Las pautas de conducta y las relaciones entre los miembros de la

familia son condicionantes, en el pensamiento de Aristóteles, de la forma en que se desarrollara la ciudad. Para el autor la interpretación del filósofo va más allá de los lugares comunes, en tanto que la salud del todo depende de la salud de las partes constituyentes. La regulación y el comportamiento de los maridos con sus esposas, de aquéllos para con sus hijos, y el valor del vínculo de amistad (*philia*) entre los diferentes ciudadanos, que se nos describe como una estructura normativa y política, establecen el buen funcionamiento de la ciudad. En tanto, estas relaciones se fundan en un contexto establecido por relaciones cara-a-cara, dado el tamaño de las diferentes *poleis*. En este sentido, las buenas relaciones entre los miembros de la familia y sus vecinos, establecidas a partir del hogar, tenían su correlato social en sus funciones como miembros de la comunidad y como ciudadanos.

Por último, en los capítulos 8 y 9 (*Plato's paideia – Aristotele's paideia*) N. incursiona en el rol educativo que tenía el *oikos*, y en particular en el papel de la mujer en él. En relación a la *paideia* en general, N. discute y compara las propuestas de Platón (en *La República* y *Las Leyes*) con las de Aristóteles. Si bien, se argumenta, ambos tenían el mismo objetivo en mente (establecer un criterio de educación uniforme y para todos los ciudadanos) las conclusiones son opuestas. Mientras Platón busca la edificación de un sistema general regimentado por el Estado, Aristóteles reconocerá la importancia del hogar en la educación del ciudada-

no, que solo ha de reforzarse con otras instituciones.

Por otro lado, N. reevalúa la posición de la mujer en el seno de la comunidad, sobre todo a partir de su rol paideutico. Si se reconoce que la religión fue un elemento central del sistema y que la mujer tuvo en ella un papel primordial, no puede sostenerse que la mujer estuvo excluida de la esfera pública quedando sólo confinada a su rol doméstico. N. señala una buena cantidad de ejemplos donde la mujer participa de la vida cívica (si bien no política), sobre todo en festivales y rituales religiosos.

Hasta aquí la descripción de las líneas generales del trabajo. Permítaseme hacer algunos comentarios del mismo. Como señalé al principio, el libro constituye una herramienta valiosa tanto para el especialista como para el historiador en general, pues suministra muchas discusiones y elementos que exceden los propósitos específicos del autor. En este sentido, todo el capítulo 4 es de mucha utilidad y presenta argumentos nuevos para una discusión que sigue siendo trascendente sobre el mundo antiguo: la esclavitud y su lugar en la *polis*.

Sin embargo quisiera detenerme en dos cuestiones que me parecen que N. no resuelve satisfactoriamente, una más particular y la otra de carácter más general: la esclavitud y la postura de Aristóteles respecto a ella; y la cuestión de género.

En el primer caso, no termina de quedar claro de dónde surge la necesidad de la esclavitud. Si bien puede

ser cierto que el *oikos* deba ser esclavista para mantener su condición de autarquía, en un contexto de igualdad de la propiedad, de la inexistencia de grandes extensiones, de subempleo permanente por parte de los productores ¿de dónde surge la necesidad de obtención de esclavos?; y ¿por qué es el *oikos completo* – es decir esclavista – el ideal aristotélico, cuando el otro puede satisfacer las necesidades cívicas de los ciudadanos? Es claro que el argumento de N. se basa en un presupuesto: la esclavitud ya existe como tal. Esta no surge de la búsqueda de autarquía del *oikos* sino que en esta encuentra su justificación. Sobre este punto pareciera que la conclusión a la que llega el autor acerca de por qué para Aristóteles el esclavo es necesario resulta un poco débil. “Aristotle’s analysis of slavery is not vitiated by false consciousness. Rather, he reflects accurately the real situation... He is merely, thoughtfully, stating what would have been obvious to the more aware of his contemporary hearers and readers, who were as familiar as he was with the realities of life and labor in the fourth century.” (p.117) En última instancia se reconoce que la esclavitud era omnipresente para los ciudadanos griegos y que esta institución formaba parte de su normalidad social. Con lo cual, el argumento de que la base esclavista de la sociedad antigua radica en parte en la ideología moderna, no parece sostenerse demasiado.

Por último, en cuanto al tratamiento de género, el modo de abordar la problemática resulta demasiado funciona-

lista y no profundiza lo suficiente en la cuestión. En su planteo, pareciera que rescatar el rol público de la mujer por sí mismo permitiría elevar su condición por el hecho de abandonar el ostracismo doméstico al cual la historiografía la habría relegado. Incluso en el capítulo 6 al tratar de las reglas del hogar y la relación entre maridos y esposas, señala que la jerarquía doméstica respetaba, si bien la autoridad recaía en el hombre, una división de funciones cuyo desequilibrio hubiera desvirtuado su correcto funcionamiento. Es decir, que la interferencia desmesurada del hombre en las esferas femeninas sería tan contraproducente como lo inverso (pp.166-167). Para justificar esta situación N. cita un pasaje de la *Ética a Nicómaco*: “Pero si el marido es señor *de todas las cosas*, su gobierno se convierte en oligarquía, porque actúa contra el mérito... A veces, las mujeres, *que son herederas, gobiernan la casa*. Pero esta autoridad no está fundada en la excelencia, sino en la riqueza y el poder, como en las oligarquías.” (1160b35-1161a2. *cursivas mías*). Aquí el punto jerárquico se mantiene, porque no está mal que el hombre domine el *oikos*, sino que lo domine todo. Por el contrario, si por casualidad la mujer se encontrase al frente de la casa, ya de por sí es reprochable. Con lo cual no son situaciones equivalentes. En consecuencia, la división de funciones tanto como el rol público que las mujeres juegan en los festivales y cultos, más que demostrar una situación de nivelación social, explicitan la esfera y la forma en que el dominio sobre ellas se ejerce. N. pareciera no ver que la cuestión de gé-

nero no puede reducirse a la función, sino que *en* la función se reproduce la lógica de subordinación y explotación. Y por mucho que la función se amplíe o se nivele, no por ello la jerarquía se

modifica como bien saben las mujeres modernas (y antiguas... “¡Ay, ay! ¡Ojalá me libere con la muerte, abandonando una existencia odiosa!” (Eurípides. *Medea*. 145)

ROMANO, Alba Claudia

Nuevas Lecturas de la Cultura Romana,

San Miguel de Tucumán: I.I.L.A.C., Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional de Tucumán, 2005: 290 pp. .

Por Emilio Zaina

Si hiciéramos lo indebido como lectores académicos, si comenzáramos por el apéndice que cierra el libro, confirmaríamos de antemano una sospecha que permanece latente en cada uno de los artículos del volumen leídos en orden, de principio a fin: Alba Claudia Romano no vuelve a la antigüedad latina para hallar nuestras raíces o un universo familiar, sino para encontrar allí una alteridad que nos enriquece justamente con sus diferencias. Es este uno de sus argumentos favoritos, porque si bien es cierto que de los latinos heredamos la lengua, los códigos jurídicos o los géneros literarios, ellos y nosotros somos muy distintos. A. C. R. considera, en contra de la *communis opinio*, que es difícil encontrar en Roma y su imperio la explicación para muchas

de nuestras prácticas e instituciones. Las ideas sobre la muerte, el suicidio, la amistad, la religión; la concepción de la familia, la sexualidad, la culpa, el dinero, el humor, el trabajo; la esclavitud y la existencia de una sociedad profundamente estratificada, son ejemplos suficientes para convertir a los latinos en los “otros” y no en una versión pretérita de nosotros mismos.

Tal vez me equivoque aquí, pero no encuentro en su libro interés por *reges et proelia* y sí, en cambio, por personajes cómicos, libertos, gladiadores o mujeres y por géneros menores como epístolas, sátiras, elegías, comedias, discursos, graffiti. Sin embargo, ¿están motivadas estas elecciones por el azar o por una multiplicidad de intereses personales aleatorios? Los griegos hacían uso de un proverbio que Cicerón